

LA PERSONA Y EL AMOR. LA ANTROPOLOGÍA DE KAROL WOJTYLA EN “AMOR Y RESPONSABILIDAD”

Fernando Martín Herráez
Pedagogo, filósofo y biblista de la
Universidad Católica Santa Teresa de Jesús Ávila - España

INOCIONES BÁSICAS SOBRE LA PERSONA

In la obra de Karol Wojtyla *Amor y responsabilidad*¹ descubrimos un tratamiento de la persona y del amor interpersonal que suponen un verdadero enriquecimiento de la antropología. Este breve estudio quiere resaltar las virtualidades de esta visión del hombre que pueden iluminar las discusiones de la bioética.

Es cierto que *Amor y responsabilidad* no es una obra de antropología filosófica en sentido estricto, sino que más bien se sitúa en la perspectiva ética, en coherencia con casi toda la producción literaria de Wojtyla², pero para fundamentar la ética de las relaciones interpersonales pone las bases de una filosofía de la persona que son un precioso anticipo de su obra antropológica más acabada: *Persona y acción*³.

Amor y responsabilidad es un análisis de la ética sexual desde la perspectiva de la vida interpersonal. Wojtyla reivindica en esta obra los principios de una ética personalista, y lo hace uniendo las dos fuentes que alimentan toda su obra filosófica: el análisis fenomenológico y la perspectiva ontológica aristotélico-tomista⁴.

Wojtyla define la persona como un “alguien” objetivo frente a los otros seres del mundo que no superan la categoría ontológica de “algo”⁵. La persona es aquella que responde a la pregunta por el quién y el resto de los seres al qué. A esta primera distinción añade la contraposición entre persona e individuo que acentúa aún más el valor explicativo del vocablo:

“El término «persona» se ha escogido para subrayar que el hombre no se deja encerrar en la noción «individuo de la especie», que hay en él algo más, una plenitud y una perfección de ser particulares, que no se pueden expresar más que empleando la palabra «persona»”⁶

Para situar bien las cosas Wojtyla parte del hombre en cuanto ente, esto es una criatura, y de este modo coloca el problema antropológico dentro de la filosofía del ser de cuño tomista. De todos los entes creados, la persona es aquella que realiza del modo más eminente la semejanza con Dios, que es el ser absoluto. Además, es también la persona el único ente que se plantea el problema de dar una respuesta, mediante la propia libertad, al don del ser que le viene de Dios⁷.

Definido el hombre como persona, y para profundizar en este concepto, recurre Wojtyla al análisis de la clásica definición de Boecio, según la cual la persona es un individuo de naturaleza racional, *individua substantia rationalis naturae*. La persona, siendo un individuo de naturaleza racional, tiene la capacidad de conocer la verdad y de querer el bien; es decir, el conocimiento y la voluntad caracterizan al ser humano en cuanto persona. Esto crea en el hombre lo que se conoce como una interioridad:

“En el hombre, el conocimiento y el deseo, adquieren un carácter espiritual y contribuyen de este modo a la formación de una verdadera vida interior”⁸

1 Wojtyla, K. (1978). *Amor y responsabilidad*. Estudio de moral sexual. Razón y fe. Madrid.

2 Cf. Franquet Casas, María J. *Persona, Acción y Libertad*. Las claves de la antropología en Karol Wojtyla. EUNSA, Pamplona 1996, 356-358. Cf. también alguna de las bibliografías publicadas sobre su obra filosófica como “Bibliografía de Karol Wojtyla”, *Angelicum* 56. (1979). 149-164.

3 En el prefacio que escribió para la edición angloamericana Wojtyla deja este testimonio: “El concepto de «persona en acción» que ahora presento, ha nacido como fruto de mis obras anteriores” (Wojtyla, K. (1982) *Persona y acción*, BAC, Madrid, XI).

4 Cf. Buttiglione, R. (1998). *Il pensiero dell'uomo che divenne Giovanni Paolo II*, Mondadori, Milano. p. 109.

5 Cf. Wojtyla., K. *Amor...*, o.c., 13-14.

6 *Ibid.* 14.

7 Cf. Buttiglione, R. *Il pensiero...*, o.c., 113-114.

8 Wojtyla, K. *Amor...*, o.c., 15.

Una interioridad donde sobresalen la racionalidad y la libertad, que nos distinguen de los demás entes creados de una manera singular.

*“El hombre tiene una naturaleza radicalmente distinta de la de los animales. Su naturaleza comprende la facultad de autodeterminación basada en la reflexión, y que se manifiesta en el hecho de que el hombre, al actuar, elige lo que quiere hacer. Se llama esta facultad el libre arbitrio”*⁹

Por último, pero no menos importante, la persona es singular e irremplazable, cada persona es inalienable. Según la expresión clásica la persona es *alteri incommunicabilis*. Nadie puede sustituir a nadie, especialmente en las decisiones de su libertad¹⁰.

Hasta aquí la presentación de las bases personalistas, los fundamentos de la noción antropológica de persona considerada en sí misma. Pero a Wojtyla le interesa la persona que actúa en el mundo, o por mejor decir que interactúa y especialmente las relaciones interpersonales.

II. LA PERSONA EN RELACIÓN

La persona vive en el mundo, se comunica con la realidad y realiza acciones. El hombre es sujeto de la acción, pero algunas veces también es objeto de la acción de otro hombre. Somos objeto que sufre la acción protagonizada por otro sujeto humano. Este “ser objeto” puede comportar uno de los riesgos de la acción humana que consiste en la instrumentalización de la persona. Es decir, la reducción de la persona que es siempre fin en sí misma al rango de medio o instrumento para el fin de otro¹¹.

Para resolver este problema, fundamental en su concepción de una ética personalista que respete la dignidad de la persona, pone como referencia lo que él llama “la norma personalista”, donde las resonancias kantianas, schelerianas y evangélicas aparecen evidentes:

*La persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y valedera”*¹²

Tratando de las relaciones interpersonales, entiende Wojtyla que sólo hay un modo de solucionar el problema de la instrumentalización de la persona: como no se cansa de repetir, el amor es la única actitud adecuada que se puede asumir delante de una persona, cuando ésta es objeto de nuestros actos¹³.

Cuando dos libertades se encuentran persiguiendo el mismo fin, las personas pueden ser objetos de actos recíprocos si se respeta la norma personalista. El fin del acto es un bien al que se dirige toda la voluntad del que cumple el acto, al mismo tiempo que se está implicando la voluntad de quien lo recibe. En realidad ese encuentro de voluntades si está orientado hacia el bien es precisamente la sustancia ética del amor. La sustancia de este amor consiste en orientar el propio acto hacia un bien que sea común tanto para uno mismo como para la persona que recibe y es objeto de la acción, respetando siempre su libertad.

De este modo, en un acto que está orientado por el amor, el otro no es usado para un fin propio, sino que se siente invitado a implicarse con la persona que pone el acto en un movimiento que tiende hacia un bien común objetivo¹⁴. Y esto en razón de que el amor es la única actitud digna de la persona, en la cual la persona no es reducida a ser un objeto de placer sino que es respetada en su libertad y en la autonomía de su fin¹⁵.

Al examinar la tendencia sexual, Wojtyla nos descubre otra nota que caracteriza al ser humano. La tendencia sexual revela al hombre su natural dependencia: tiene necesidad de otro ser humano del sexo opuesto para completarse. El cumplimiento del propio destino pasa por la necesidad de encontrarse con la libertad de otra persona y entrar en dependencia de ella.

“Si el hombre se examinase lo bastante profundamente a través de esa necesidad, comprendería más fácilmente sus propios límites y su insuficiencia e, in-

9 Ibid. 16.

10 Cf. Ibid. 17.

11 Cf. Buttiglione, R. *Il pensiero...*, o.c., 117. Este tema del utilitarismo Wojtyla lo analiza teniendo de fondo la clásica distinción agustiniana entre *uti* y *frui* (cf. Wojtyla, K. *Amor...*, o.c., 41).

12 Wojtyla, K. *Amor...*, o.c., 38.

13 Cf. Buttiglione, R., *Il pensiero...*, o.c., 117-118.

14 Ibid. 117-118.

15 Ibid. 121.

cluso, indirectamente, lo que la filosofía llama la contingencia del ser"¹⁶

III. LA PERSONA EN LA DIMENSIÓN DEL AMOR

Cuando Wojtyła quiere hablar de las relaciones interpersonales lo hace comentando la única relación digna de las personas que es el amor. En *Amor y responsabilidad* pretende hacer un estudio exhaustivo del amor entre personas y para ello desarrolla tres análisis: un análisis general (metafísico) del amor, un análisis psicológico y un análisis moral. Estos tres análisis están insinuados en una definición:

*"El amor es siempre una relación mutua de personas, que se funda a su vez en la actitud de ellas individual y común respecto del bien"*¹⁷

Al igual que en la definición de persona, Wojtyła ha sacado partido de la contraposición de parejas como alguien-algo, persona-individuo, *uti-frui*. También en este caso se sirve de la distinción entre el *amor concupiscentiae* (y también *amor complacentiae*¹⁸) y el *amor benevolentiae*. En el *amor complacentiae-concupiscentiae* el otro es amado porque me llena, porque es un bien para mí, es amado como respuesta a una carencia de mi propio ser. La base de este amor es el deseo o en todo caso el atractivo de los valores de la feminidad o masculinidad del otro. Despierta en mí una afectividad que me hace concentrarme sobre los valores que el otro me hace vivir en mí. La madurez del amor se da cuando se concentra no en lo que el otro despierta en mí, sino en lo que él es en sí mismo. Tanto el *amor complacentiae*, fundamentado en la atracción, como el *amor concupiscentiae*, basado en el deseo, son amores de riesgo, donde puede anclar el utilitarismo. Es decir, abren la puerta para hacer de la otra persona un instrumento para la propia satisfacción sensual e intelectual¹⁹. Y si el otro es sólo un instrumento, puede ser fácilmente sustituido, como hacemos con cualquier cosa cuando deja de ser útil.

En el *amor benevolentiae* prevalece no el desear al otro como respuesta a la propia insuficiencia ontológica, como complemento y compañía de mi persona, sino que lo que importa es buscar el verdadero bien del otro. De este modo, el amor perfecciona al sujeto que ama y a la persona hacia la cual está orientada. Por eso insiste tanto nuestro autor en que el amor es la única actitud digna en las relaciones entre personas porque es la que conduce a la mutua perfección²⁰.

Para Wojtyła la forma más elevada del amor es el amor esponsal. Éste consiste en el don de sí al otro y en la acogida del don del otro por parte de uno mismo. Es mucho más que el atractivo, la concupiscencia y la misma benevolencia, elementos todos que forman parte integrante del amor esponsal.

*"Todos los modos de salir de sí mismo para ir hacia otra persona, poniendo la mira en el bien de ella, no van tan lejos como el amor matrimonial. «Darse» es más que «querer el bien»"*²¹

En este amor la libertad encuentra un objeto adecuado al cual donarse para realizar plenamente a la persona, paradójicamente en la dependencia del otro. La persona, que se pertenece esencialmente a sí misma, puede ser de otro sólo por medio del don libre de su amor. Es un don que pide la reciprocidad y el empeño en un proyecto unitario: la construcción de un amor común.

Con estas reflexiones sobre el amor esponsal como don recíproco, Wojtyła está desarrollando uno de los puntos más luminosos que el Concilio Vaticano II aportó a la antropología cristiana: la llamada "ley del don de sí"²², que después él mismo, al ser elegido Papa, asentará como uno de los pilares de su antropología.

*"El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás"*²³

16 Wojtyła, K. *Amor...*, o.c., 47.

17 *Ibid.*, 75.

18 No son el mismo concepto: amor concupiscentiae destaca el amor desde la perspectiva del deseo, mientras que amor complacentiae se identifica con la atracción (Cf. Wojtyła, K. *Amor...*, o.c., 76-88), pero en contraposición con el amor benevolentiae los vamos a asimilar como si fueran unidos.

19 Cf. Wojtyła, K. *Amor...*, o.c., 84-85.

20 Cf. Buttiglione, R. *Il pensiero...*, o.c., 128-130.

21 Wojtyła, K. *Amor...*, o.c., 102.

22 Weigel, G. (1999) *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de Esperanza*, Barcelona. p. 237.

23 *Gaudium et spes*, 24.

Hemos dicho que la persona, por naturaleza, es incomunicable e inalienable; al mismo tiempo, la persona está orientada hacia el perfeccionamiento de sí misma, tiende hacia la plenitud de su ser; y también hemos visto que este perfeccionamiento se realiza en gran medida gracias al amor, un amor que en su forma más acabada se expresa precisamente en el don de sí. En apariencia se da una paradoja que el orden de la naturaleza no resuelve, un orden que pone un límite a la persona; un límite que solamente se puede traspasar en el orden del amor.

“Pero eso que no es posible ni conforme a la regla, en el orden de la naturaleza y en sentido físico, puede tener lugar en el orden del amor y en sentido moral. Aquí sí que una persona puede darse a otra «al hombre o a Dios» y gracias a ese don una forma de amor particular se crea, al que llamamos amor matrimonial”²⁴

De este modo, vemos que el amor es la realización más completa de la persona, que actualiza y realiza al máximo las potencialidades que existen en ella. Precisamente, porque el perfeccionamiento de la persona, el hombre cabal, es el fin al que debe tender todo proyecto de vida, el tema del amor no se puede soslayar en un estudio sobre la persona. Hay un texto antológico que expresa esto que acabo de decir:

“Conviene subrayar aquí que el amor es la realización más completa de las posibilidades del hombre.

Es la actualización máxima de la potencialidad propia de la persona. Esta encuentra en el amor la mayor plenitud de su ser, de su existencia objetiva. El amor es el acto que exploya más completamente la existencia de la persona. Evidentemente, para que así sea, es indispensable que el amor sea verdadero. ¿Qué significa exactamente esta expresión? El amor es verdadero cuando realiza su esencia, es decir, se dirige hacia un bien auténtico y de manera conforme a la naturaleza de ese bien. Ha de aplicarse esta definición igualmente al amor entre el hombre y la mujer. En este terreno, el amor verdadero perfecciona al ser de la persona y da anchura a su existencia”²⁵

IV. CONCLUSIÓN

Hemos iniciado esta comunicación analizando las notas de la persona tomada en sí misma que destacan en la obra *Amor y responsabilidad* de Karol Wojtyła. Siguiendo las pautas de la obra hemos continuado con la consideración de la persona en relación, donde hemos destacado las virtualidades de la “norma personalista”, para terminar con la dimensión más significativa de la relación entre personas: el amor, en especial el amor esponsal que se concreta en la donación recíproca y que se nos ha presentado como la realización más plena de la persona. Estas son algunas de las aportaciones antropológicas de Wojtyła que pueden ayudar a construir una antropología adecuada e integral.

24 Wojtyła, K. *Amor...*, o.c., 103.

25 *Ibid.* 86.